Mil miradas

Francisco José Stevan

Image not found.

Capítulo 1

El café estaba dulce, pero eso no era inusual para aquel que lo veía en esos momentos. Leía un periódico apenas abierto, mientras daba sorbos de satisfacción de aquella taza que lo complacía. Su pelo era negro, su barba estaba recortada, con un rostro no muy atractivo y un semblante serio que no dejaba nada fuera de lugar. Su mujer lo observaba apoyada en la mesada de aquella simple cocina, con una sonrisa en los labios y un vaso de whisky en la mano. Ella era esbelta, en lo que atractiva se refiere, pero su mirada era avispada y su semblante, una gota ácida en comparación a su marido.

Él era un asesor de comercio o eso trataba; ella era ama de casa o ese era el papel que interpretaba. Riquezas no les faltaban, pero no a la vista. A la vista eran de clase baja, pero, a escondidas, a gusto vivían.

El hombre cerró aquel medio con un suspiro; nunca se interesaba por las noticias, pero no hacía falta enterarse de ellas o eso decía. Miró a los ojos de su mujer y ésta, devolviéndole la mirada, cuestionó su preocupación.

—Tres asesinatos en ese barrio, ya sabes de cuál hablo —no mostraba más que normalidad en su voz, como si eso fuera normal—. Él está bien, parece realmente beneficiado. Estos ricos son unos canallas y estos asesinos… Asesinar es caer muy bajo, muy bajo.

—Entonces, no retrocedemos —aseguró la mujer con esa sonrisa suya.

No retrocederían. Asesinar era algo inhumano para ese hombre, pero robar era aceptado. Es más, de eso vivían. Ladrones profesionales se los podía llamar; ellos se llamaban ladrones de ricos, ladrones que sólo roban a los que no les falta y a ellos les convenía. Así que, en su amplio significado, a pesar de esa humilde vivienda típica de una familia pobre… ellos eran muy ricos. Él se vio atraído a eso por necesidad, por la búsqueda de un medio para vivir, por amor. Ella era la razón de su vida, la razón de por qué la vivía de esa manera y la responsable de todos sus actos. Ella era un demonio con forma de mujer ante sus ojos, pero la amaba y eso era suficiente para seguir viviendo con ella.

Habían investigado a su objetivo ampliamente y sabían todos sus hábitos. Esa noche no estaría en casa, tendría una fiesta y la casa estaría sola, abandonada, desolada, con la necesidad de estar acompañada. Ellos serían las buenas personas que satisficieran dicha necesidad imaginaria.

Había tenido una jornada laboral amena, con los clientes habituales, de confianza y desconfianza, en los que si creer ya no sabía. Pero todo eso había terminado para su mente y era hora de su verdadero trabajo; una

vez que la casa estuvo vacía, dejó de estarlo enseguida.

La ya acompañada estancia se encontraba plagada de recuerdos del mismo propietario —antigüedades, pinturas, retratos y todo tipo de objetos valiosos cruzaban su visión mientras daba pasos con cautela. Su pareja era suficientemente silenciosa para dudar si lo seguía, pero él sabía que allí se encontraba, a su lado, siempre a su lado. Poco más de una hora tardaron en recorrer la gran mansión que atesoraba aquel hombre y, en ella, decenas de objetos registraron entre sus objetivos. Simples charlas irónicas, incoherentes y sin sentido se desarrollaban entre ambos mientras avanzaban en esa penumbra llamada habitación. Sin embargo, la luz hicieron (con un fósforo y una lámpara de aceite) y miles de ojos sonrientes aparecieron a su alrededor.

Se podían llamar retratos o tal vez eran fotografías, pero cada par de ojos era distinto y el rostro que lo portaba… uno más bello que el anterior. Todas mujeres, todas jóvenes, todas agraciadas y, a la vista, ninguna era humilde. ¿De qué se trataba todo eso? Él sólo podía inquietarse, tragó saliva y la miró con inquietud, pero esa misma expresión le fue devuelta.

—¿De qué se trata todo esto? —Dejó murmurar a sus labios cuando ya no podía pensar en ninguna respuesta.

—Tal vez… un fetiche, todas sus novias o sus amantes. Tal vez… —le contestaba con dudas su compañera—, tal vez las acosaba y, al ser rico, se dio la posibilidad de tener un retrato de cada una. Quién sabe qué pasa por la cabeza de un acosador con dicha riqueza.

—Quién sabe… —repitió con dejo para dar por terminada la cuestión y seguir con su trabajo.

Solo encontraron más retratos y muchos más retratos. Mujeres jóvenes por donde quiera que mirasen en dicha habitación y todas con sus expresivos ojos, provocando que aquel huésped no invitado se preguntase si el dueño de la casa se sentiría protegido ante la mirada de tantas musas. Esa pregunta nunca tendría una respuesta, vale aclarar.

Las sombras cada vez se achicaban más, mientras la luna cada vez más alta se encontraba. Los ventanales dejaban la casa en penumbras, pero una sombra adicional a la de aquellos dos pronto fue encontrada. ¿Quién era y qué hacía ahí?, se cuestionó con pánico la pareja, cada uno por su lado. Pero la sombra se mantuvo en silencio, sopesado por la sorpresa de encontrar a esos inesperados trabajadores nocturnos, aunque no dejó momento a meditar cuando se abalanzó y algo de plata brilló. Sin embargo, la pareja fue rápida y se dio a correr.
Escondiéndose y huyendo, la pareja ya sabía de quién se trataba. Un asesino, el asesino de ricos que trabajaba en dicho barrio, pero, justo esa noche, la casualidad se hacía presente para ambos oficios tan diferentes

uno del otro.

Uno perseguía, los otros escapaban, ambos oficios mantenían una rivalidad de creces. Sin embargo, las trivialidades no se discutirían y la noche todavía no sería día. La pareja se escondió en nada menos que en aquella habitación de los retratos. Y no había mejor escondite que el armario, típico y demasiado cliché, pero no por eso a la vista entre tantas miradas claras, oscuras y avispadas.

Pasó un minuto, pasaron dos y pronto se acostumbraron a la oscuridad de dicho guardarropa. Entonces fue cuando vieron algo preocupante. Unos tarros de lo que parecía aceite en conserva, con huevos en él… ¿Huevos? Parecían más bien ojos. Muchos ojos y eso eran. Cuando se dieron cuenta, los ojos que los miraban en la habitación, también los miraban en el armario, pero estos no estaban pintados. Ojos azules, verdes, marrones, incluso grises y negros… los había de dos colores e incluso de tres, todos los miraban, pero ellos no pudieron mantenerles la mirada.

Asumieron la realidad demasiado rápido, no se trataba de un acosador, ni un fetiche, aquel hombre había matado a todas esas mujeres y esos ojos no eran otros más que sus tesoros. El premio en conserva. Habían ido a la casa de un asesino a toparse con otro asesino, y ahora tenían que escapar de la realidad de morir a manos de uno u otro, pero, nada más salir del ropero, se encontraron con la sombra.

Los ojos de la sombra eran de un hombre, pero pronto comenzó a llorar sangre. Todo era extraño, estaban aterrados y la sombra cayó al suelo. ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Qué estaba sucediendo y por qué todo sucedía tan rápido? Nada más preguntárselo, el hombre tuvo su respuesta. Ante ellos se encontraba el dueño de casa.

—Vaya, vaya… Qué noche más extraña, ¿no lo creen? —Preguntó irónicamente. El cuchillo en su mano brillaba con la poca luz de luna que entraba por la ventana; gotas de sangre caían al piso y, en su rostro, lentamente se formaba una sonrisa.